al ejército austro-húngaro aliados a los franceses; y hasta para lo menos enterados pareció inminente el choque entre Francia y Prusia, que desde mucho tiempo atrás se disputaban la posesión de los territorios de Rhin. También en México las cosas marchaban de mal en peor para Napoleón III; sus tropas llegaron a ocupar el noventa por ciento del país, pero el control era ficticio, como escribió un periodista. En realidad el dominio de los franceses no va más allá de la tierra que pisan, y del alcance de sus rifles y sus cañones; a medida que conocieron mejor a los invasores, los campesinos empezaron a desorientarlos dándoles informes falsos, quemando cosechas para privar de alimentos a los europeos y protegiendo a los guerrilleros. Las guerrillas fueron la pesadilla del General Bazaine; atacaban a la hora que menos esperaban y se desvanecían al abrigo de la noche y al cobijo de la sierra; "los ejércitos mexicanos, es inútil preguntar por ellos", escribió el Nigromante, Ignacio Ramírez. "Los ejércitos se forman y se desvanecen como las nubes en una tempestad y sin embargo la tempestad sigue, preguntad más bien, dónde está la guerra; está en las costas con sus enfermedades hostiles para todos los invasores, en las sierras que se levantan a las inmediaciones de ambos mares, en las madres sin hijos, en los huérfanos, en las viudas, en el entusiasmo que forma para la juventud una epopeya de cada triunfo nacional, en la lira del poeta, en la aprobación de la conciencia, en la complicidad del partido liberal en Francia, en España, en Inglaterra, en el aplauso de las demás naciones, en la impaciencia de los Estados Unidos, en la indignación del clero, en nuestros deberes, en nuestras virtudes, en nuestros vicios".

El indio Carvajal en las huastecas, el español archimexicano Nicolás Régules en Michoacán, el viejo Chávez que a sus setenta años sacudió al invasor en Aguascalientes, Nicolás Romero el más famoso de todos, quien luchaba en las fronteras mismas de la ciudad de México, Ignacia Rieche, mujer de 50 años y viuda de un coronel, que vestía de hombre y comandaba un escuadrón de caballería en Michoacán, fueron los guerrilleros más distinguidos.

Como medida defensiva los franceses importaron a un aventurero apellidado Dupín, que formó contraguerrillas auxiliado por mercenarios de varios países. La quema de pueblos y el ahorcamiento de sospechosos medidas favoritas de Dupín, sólo consiguieron aumentar el número de rebeldes; para celebrar la represión, el 3 de octubre de 1865, Maximiliano firmó una ley que ordenaba fusilar a los patriotas o sospechosos de serlo, algo equivalente a "ajústalos y después averiguas" de épocas posteriores; el resultado fue el crecimiento de la rebelión y la muerte de millares de franceses. Cientos de europeos solidarizados con la resistencia mexicana, desertarón de su ejército se pasaron al de los patriotas. La

guerra hizo también surgir caudillos extraordinarios, que poco a poco fueron formando grandes ejércitos; el de occidente, Ramón Corona; en el noreste, Mariano Escobedo, el lugarteniente de Vidaurri y en el sur, Porfirio Díaz. El 31 de octubre de 1866 Díaz tomó Oaxaca, un lugar ideal para actuar militarmente contra el reducto conservador de Puebla; Mazatlán el 13 de noviembre y Guadalajara el 19 de diciembre, cayeron en poder de Corona; Escobedo se apoderó gradualmente de todo el noreste. México fue el Waterloo de Napoleón III; tarde o temprano los patriotas seguramente habrían expulsado del país al ejército intervencionista si la suma de circunstancias adversas no hubiera obligado al emperador de Francia a anunciar el 22 de enero de 1866, el retiro gradual de sus tropas.

Sin el ejército ni la ayuda económica francesa, los únicos apoyos con que Maximiliano podía contar, era el ejército mexicano imperialista, integrado por gentuza que sólo actuaba por la paga y los nada desprendidos conservadores nacionales. Maximiliano pensó en la abdicación, pero la medida lo hubiera hecho aparecer en Europa como un cobarde y un iluso, que había caído en una trampa para bobos; desprestigiados en tal forma, la vida se le haría sencillamente imposible.

Juárez debía dar por lo menos una última batalla; en su afán de procurarse nuevos apoyos, llegó hasta concebir el proyecto de decretar una especie de reforma agraria que lo hiciera popular entre los indios, pero por supuesto los partidarios no iban a permitirle semejante cosa. Se decidió entonces que Carlota marchara a Europa y desplegando su vehemencia y su encanto personal, persuadió a Napoleón III de la conveniencia de reconsiderar su decisión; Carlota salió de Veracruz el 13 de julio de 1866; días antes cuando pasaba por Puebla dió muestras de locura al ponerse a revisar como hinoptizada los cuartos de la casa donde se alojó. En Veracruz actuó histéricamente hasta que pusieron en el barco la bandera del imperio mexicano; las causas de la locura de la emperatriz han sido objeto de muchas especulaciones; una de las más notables es que Carlota deseosa de dar a Maximiliano el hijo que no había podido concebir, se sometió al tratamiento de una bruja mexicana que tenía fama de curar la infertilidad; la bruja, juarista eboscada, administró a la princesa unos hongos que gradualmente le hicieron perder el juicio; sea lo que haya sido, Carlota viajó a París y fracaso en sus esfuerzos para conmover a Napoleón; viajó entonces al Vaticano y ofreció al Papa todos los privilegios que deseara la Iglesia en México a cambio de su apoyo; tampoco consiguió nada y entonces enloqueció por completo.

Desde la salida de la emperatriz los patriotas mexicanos vislumbra-

ron el próximo fin de la aventura imperial; un caudillo de los guerrilleros, el escritor Vicente Riva Palacio, quien consechaba triunfos importantes en Michoacán, compuso entonces la letra de la canción de protesta, que había de convertirse en himno de la lucha chimeca: "alegre el marinero con voz pausada canta y el ancla levanta, con extraño rumor; la nave va en los mares botando cual pelota adiós mamá Carlota, adiós mi tierno amor. de la remota playa te mira con tristeza, estúpida nobleza el mocho y el traidor; el hondo de su pecho ya siente la derrota, adiós mamá Carlota, adión mi tierno amor".

El 12 de marzo de 1867, abandonaron el país los últimos soldados invasores; en total se embarcaron 1,100 oficiales y 22,234 soldados franceses, 4,500 austríacos y 800 belgas; Maximiliano después de muchos titubeos, optó por permanecer en México entregado a la protección de los conservadores, los cuales veían en el de Habsburgo su tabla de salvación, pues sabían que un triunfo juarista los condenaría a ser víctimas de represalias terribles; dijeron a Maximiliano. "Un Habsburgo no huye ante el peligro; éste ligó su suerte a la de aquellos hombres que tanto despreciaba".

Miramón y Márquez regrsaron precipitadamente de sus puestos diplomáticos para hacerse cargo del ejército imperial; ellos no consideraban que la situación fuese tan desesperada; disponían de 15,000 hombres, bastante bien armados y además, dinero que tuvieron al finalizar la guerra de tres años, confiaban en que podrían contener al enemigo y aún así, Maximiliano abandonara la lucha, ellos quedarían como jefes de su facción; Maximiliano quiso tener un gesto de realeza, y decidió abandonar la ciudad de México; para no exponerla a los horrores de un sitio prolongado, al frente de un ejército imperial de 9,000 hombres se estableció en Querétaro. El 29 de febrero acababan de abandonar el país las tropas extranjeras y 21,000 liberales al mando de Escobedo iniciaron el sitio de la ciudad; los liberales sólo tenían que esperar a que los imperialistas se comieran el último kilo de frijoles y tomaron la cosa con calma; a la cuarta semana de sitio, las cosas empezaron a agravarse para los imperialistas, por lo cual Maximiliano decidió ordenar a Márquez que evadiera el cerco y fuese a la capital por refuerzos; acompañaba a éste, el traidor Vidaurri, convertido para entonces en el jefe del gabinete imperial; ya para llegar a la capital, Márquez se enteró de que Porfirio Díaz atacaba Puebla, por lo que decidió ir en auxilio de esa ciudad donde se encontraba el principal almacén de armas y municiones de los conservadores.

El 2 de abril, para ahorrar tiempo a la llegada de márquez, Díaz decidió tomar Puebla por asalto, lo cual consiguió; Márquez se vió forzado

entonces a organizar la defensa de la ciudad de México que Díaz no tardaría en atacar; en Querétaro la resistencia continuó hasta el 15 de mayo, fecha en que un exfavorito de Maximiliano, el coronel Miguel López, entregó a los sitiadores el convento de la Cruz, a través del cual fue posible penetrar a la plaza. Maximiliano, Miramón y su lugarteniente el cacique Tomás Mejía, cayeron prisioneros; el día 20 Márquez entregó la capital a las fuerzas de Díaz, logró ocultarse seis meses, después huyó a Estados Unidos. Vidaurri, capturado en un intento de fuga, murió fusilado.

A medida que avanzaban sus fuerzas, Juárez mudó su gobierno de Paso del Norte a Chihuahua, después a Durango, luego a Zacatecas, más tarde a Aguascalientes y antes de llegar a la ciudad de México donde pronunciaría su célebre frase "Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz", hizo alto en San Luis Potosí, para dar resolución a un dilema: ¿qué hacer con Maximiliano? En Europa nadie dudaba de que el emperador sería puesto en libertad y devuelto a su país, no se podía ajusticiar a un monarca como si fuese un plebeyo cualquiera; pero Maximiliano fue juzgado y sentenciado a morir ante un pelotón de fusilamiento; el mundo recibió la noticia con estupor; Juárez fue bombardeado con peticiones de amnistía y cuando las desoyó todos los periódicos europeos y muchos norteamericanos lo presentaron como un salvaje asesino. A barruntarse el fracaso de las peticiones, como último recurso del embajador austríaco en Washington, dirigió al departamento de estado una petición de que intercediera en favor de Maximiliano, señalando que Estados Unidos tenía derecho de pedir a Juárez "que respete a los prisioneros de guerra, puesto que los triunfos del partido liberal en México son debido en gran parte al apoyo moral del gobierno americano".

Muchos periódicos de Estados Unidos dieron por cierta la tesis del embajador austriaco y cínicamente sostuvieron, que en realidad la victoria de Juárez se debía casi por entero al apoyo norteamericano; el embajador de Estados Unidos dirigió a Juárez una insolente nota en que le exigía, en nombre de la civilización que perdonara la vida de archiduque.

En el mismo senado norteamericano los legisladores Chandler, Fowler, Nye Howard y otros, protestaron por el envío de la nota; uno de ellos fue más allá, al declararse avergonzado por la política de hipócrita neutralidad que su gobierno había adoptado en dos ocasiones frente al conflicto mexicano: primero, cuando impidió a los patriotas adquirir armas a Estados Unidos y en cambio vendió provisiones y ele-

mentos de transporte a los invasores, y después cuando hizo el gran negocio con la venta clandestina de armas.

"¿Por qué no protestó el mundo civilizado por el asesinato de 10,000 patriotas mexicanos con apego a la ley del fusilamiento y se horroriza en cambio por el ajusticiamiento del que había firmado la monstruosa ley?". clamaron los senadores amigos de México, para luego agregar que "el deudorr de gratitud era Estados Unidos, ya que los años críticos de 1862 y 1863 los liberales mexicanos detuvieron el avance de los invasores franceses que hubieran deseado contribuír a que los rebeldes sureños se independizarán.

Juárez por medio de Sebastián Lerdo de Tejada, justificó la negativa a conceder el indulto con estas palabras: "La guerra civil puede y debe terminar con la reconciliación de los partidos, pero para eso es esencial que el gobierno quite los elementos de disturbios probables". El 19 de junio, Maximiliano, Miramón y Mejía fueron fusilados; una ley, expedida poco después de la llegada a México de la expedición intervencionista, facultaba a Juárez para proceder así; la misma ley, señalaba terribles castigos para los que colaboraran con el imperio; después de recuperar la capital, los juaristas se encontraron una lista de 104,000 individuos que habían solicitado empleo a los invasores, pero no les aplicaron la ley porque, según explicó un funcionario juarista, "si lo hiciéramos nos quedaríamos sin partido liberal".

En los años siguientes a los de su triunfo sobre el imperio, Juárez gozó de amplio prestigio internacional; la guerra franco pursiana estalló en 1870, el 4 de septiembre del mismo año, Napoleón fue depuesto y un grupo de revolucionarios franceses, envió a Juárez un cargamento de vinos, procedente de las cavas imperiales en reconocimiento por la ayuda que significó para los antibonapartistas la lucha de los patriotas mexicanos.

Como reconocimiento adiciinal, Juárez fue nombrado diputado honorario al parlamento de Francia; el presidente mexicano correspondió dignamente a las atenciones, lejos de atizar la xenofobia como lo habría hecho Santa Anna, se esforzó por hacer comprender a su pueblo que una cosa era Napoleón III el pequeño y otra el pueblo francés.

En Italia los patriotas de Garibaldi que luchaban por la unificación de su país a la que se oponía Napoleón III, vieron en Juárez un aliado y un símbolo de la libertad; entre la infinidad de niños, hijos de patriotas, que en aquella época fueron bautizados con el nombre de Benito, se contaba el futuro del dictador Mussolini. Un secretario de estado norteamericano declaró que, en su concepto Juárez había sido un hombre más grande que el mismo Lincoln; los subdesarrollados carecían de voz para proclamar sus sentimientos ante el mundo, pero en gran medida consideraban a Juárez un campeón de sus aspiraciones y aplaudieron a la legislatura colombiana que otorgó al caudillo mexicano el título de Benemérito de las Américas. Irónicamente en México la opinión estaba muy dividida, desde luego, los conservadores siguieron considerando a Juárez como la moderna encarnación de Satanás, en tanto que muchos liberales persistieron en acusar a su caudillo de ser poco inteligente y de estar poseído por un ansia incontrolable de poder. Al convocar a elecciones presidenciales después del triunfo sobre el imperio, Juárez organizó un pleibiscito tendiente a acrecentar las facultades del ejecutivo y disminuir las del legislativo; obró a espaldas del Congreso y por consecuencia fue tachado de dictador.

Realmente no podría decirse que Juárez haya sido un ideólogo a la altura de la definición clásica; su parte en el proceso creador de las Leyes de Reforma fue sumamente deslucida y en este renglón su mérito se redujo a la firmeza sin venganzas con que aplicó la ley. Ni siquiera el más exaltado de los juaristas, afirmó jamás que su ídolo hubiese sido un hombre ingenioso o de charla brillante, pero en cambio Juárez poseía el don de saber descubrir a los mejores hombres, ponerlos a trabajar y aprovechar al máximo sus chispas de ingenio; la firmeza de su carácter era otra valiosa cualidad, sobre todo, a Juárez debe considerársele autor de la liquidación del vendepatrismo en México, acusarlo ahora de vendepatrias por haber aprobado el tratado de Mc Lane-Ocampo, es tanto como tachar a Lázaro Cárdenas de cómplice de las empresas extranjeras, por heberles permitido explotar vandálicamente la riqueza petrolera mexicana hasta el 17 de marzo de 1938; los expropió el 18.